

LADY WILKINSON Y LA NARRATIVA

Estaba a punto de despedirme y marcharme cuando, con un último golpe de cola, me detuvo.

“¿De verdad me dejas así?

¿Cuándo volveré a verte?

Quédate y habla conmigo.

No te arrepentirás.

Palabra de Maggy”.

Mi plan de vacaciones era sencillo.

Dos días.

A la tarde siguiente debía volar de vuelta a Italia.

Pero una anciana dama aristocrática llamaba desde Londres, y yo, calabrés de media sangre, no podía fingir que no la oía.

“¿Cuánto tiempo quieres que te dedique?”

Abrió mucho los ojos.

Por un momento pareció que no me había oído bien.

Como si hubiera entendido mal.

Pero no.

Era yo quien hablaba, de verdad.

Y ella, una inglesa armada de experiencia y bendecida con una absoluta claridad de pensamiento, reconoció al instante la oportunidad.

Sonriendo, contestó:

“Una vida entera”.

Siempre que una mujer, en cualquier lugar del mundo, dice:

“No te arrepentirás”,

significa que ya te tiene preparadas una o varias sorpresas.

Eso fue algo que aprendí a lo largo de mi vida, en mis experiencias multiculturales.

Las mujeres que conocí nunca fueron un número.

Eran simplemente el origen del mundo al que yo pertenecía.

Volvería a mi hotel y les comunicaría mis nuevos planes de salida.

Le daría cinco días.

Era lo mínimo que podía ofrecer.

Antes de dejarme ir, sin embargo, me detuvo una vez más y dijo:

“La mujer a la que hoy llamas Madre es amiga mía.

Luchamos en la misma guerra.

El destino acabó llevándonos por caminos distintos, pero ninguna de las dos se permitió jamás olvidar.

El respeto siguió siendo real.

El respeto siguió siendo mutuo”.

Luego me miró con la serena certeza de quien ya ha vivido varias vidas y pronunció en voz baja las palabras que lo cambiaron todo:

“Bienvenido, sobrino”.

Ferdinando